

Alfarería popular española

Andrés Carretero Pérez*

RESUMEN

La alfarería tradicional española es una de las actividades artesanas que mayor auge y difusión ha logrado en los últimos años, y sobre el tema se han producido numerosos estudios. Aunque el mayor interés se ha centrado en los pequeños alfares rurales que trabajan a torno, y en las técnicas «arcaicas» que muestra por ejemplo la alfarería femenina, las producciones, técnicas y modos de organización del trabajo son muy variados en todo el país. En la actualidad, no obstante, el oficio se encuentra en plena transformación, sea hacia el trabajo decorativo y más o menos artístico, sea hacia la extinción en aquellos alfares que han mantenido sin alteraciones su antigua producción. En consecuencia, cada día es más reducido el número de talleres activos, y lo que habitualmente se considera «alfarería popular» desaparecerá en breve.

Dentro de nuestros oficios artesanos, la alfarería es sin duda uno de los más extendidos y mejor conocidos. Los alfares distribuidos prácticamente por toda nuestra geografía son numerosos, lo fueron mucho más en tiempos aún recientes, y desde hace algo más de una década han abundado los aficionados al arte popular que, sorprendidos por la variedad y riqueza de formas de estas sencillas cerámicas, han visitado los más recónditos lugares buscando talleres alfareros o los restos de la producción de los antiguamente existentes.

Muchos de estos investigadores ocasionales se han limitado a reunir colecciones particulares, pero no faltan quienes han publicado noticias, de calidad e interés variable, sobre sus viajes y hallazgos. A ellos se debe la mayor parte de la bibliografía con que hoy contamos sobre el tema. El resto de los estudios, menos numerosos pero más densos y sistemáticos, son obra de historiadores del arte y sobre todo de etnógrafos y estudiosos de nuestra cultura tradicional que, junto a la valoración estética de los objetos, han intentado dar una visión global del oficio, de sus técnicas, sus aspectos sociales y organizativos, y sus vicisitudes históricas y actuales. Es de lamentar que otras muchas actividades artesanas de gran interés no cuenten con parecida documentación, y desaparezcan ante el silencio y la pasividad más absoluta.

Estas publicaciones sobre la alfarería española, realizadas en su mayoría a lo largo de la década pasada, no han sido casuales, respondían a una demanda ampliamente sentida, y en gran medida han influido sobre el desarrollo reciente del oficio. En determinados ambientes culturales se extendió en años pasados el coleccionismo, y el uso como elemento decorativo, de la cerámica popular, y para este público relativamente restringido comenzaron a editarse trabajos que a su vez potenciaron el conocimiento de las formas, las compras y el coleccionismo, provocando un cierto «boom» que ha mantenido vivos muchos alfares e incluso ha llevado a alguno que otro a reabrir sus puertas. Entre los libros más significativos y conocidos puede citarse la *Guía de los alfares de España* de Vossen, Seseña y Kopke, nacido de un amplio trabajo de investigación, que ha guiado a numerosos turistas y aficionados por los talleres de todo el país.

Sin embargo, todo ha sido un espejismo. Pasada esta breve fiebre por la cerámica popular (que, por otra parte, en ningún momento abarcó o benefició a todo los alfares), el oficio vuelve a su realidad, la

* Conservador del Museo del Pueblo Español.

de una actividad arruinada «por el plástico y el agua corriente», que no puede competir ni en costos ni en prestaciones con los productos de la industria actual, la de una de las tantas ocupaciones que desaparecen irremesiblemente ante la vida moderna. Y de nada sirven los alegatos idealistas: Siempre habrá algunos ceramistas o grandes fábricas, pero «los alfares», en particular los rurales, están abocados a la desaparición.

Los alfareros lo saben bien. Hace tiempo que comprendieron que su oficio se pierde, que el trabajo no es rentable y resulta «muy esclavo para los tiempos que corren»; por ello no dicen nada cuando sus hijos abandonan los talleres, e incluso ellos mismos les han orientado hacia otros caminos. Poco a poco sólo han ido quedando en los alfares los hombres mayores, que se sentían demasiado viejos para aprender otro oficio, hombres que de puro viejo van muriendo día a día dejando comarcas y provincias enteras sin alfarería, sin que nadie, aparte de algunos amantes y estudiosos del arte popular, lo sienta demasiado.

Hace tiempo que los alfareros comprendieron que sus cántaros, pucheros o tinajas cada vez tienen menos utilidad, y que el futuro estaba en las piezas decorativas, en otro mundo visto desde sus talleres rurales. Muchos han intentado adaptarse, han hecho esfuerzos, a veces lastimosos, por adaptarse, por modificar sus productos al gusto actual y han sacado sus tiendas, con cántaros transformados en floreros, botijos repintados o «tinajas-maceton», a lo largo de las carreteras o las playas buscando a los nuevos clientes. Sólo unos pocos, con un espíritu realmente creativo, han sabido sacar el máximo partido a las potencialidades estéticas de su antigua producción sin caer en el esperpento; algunos más han sabido introducirse en los circuitos de los grandes merchantes, auténticos «creadores» de la actual artesanía, bajo cuyo consejo se alteran formas, tamaños y decoraciones con fines comerciales; y otros, en fin, han caído en las fauces de las grandes fábricas industriales, produciendo para ellas, preparándoles los bizcochos, o sencillamente marchando a trabajar a Granada, Manises o La Bisbal, donde hacen falta y se aprecia a los buenos oficiales de torno.

Frente a ellos son mayoría los que sencillamente han cerrado el taller, y sólo un número reducido, y cada vez más, han mantenido incólume su producción tradicional, con los ojos cerrados, como el campesino que sigue arando con sus viejas mulas, mientras espera que todo se acabe, con sus tierras rodeadas de tractores y sus hijos marchando a lejanas fábricas. Estos son los representantes actuales, el último reducto, de la alfarería realmente popular, hombres tristes pero amables, que saben que el interés que suscitan es del mismo tipo que provocan las especies en trance de extinción, y que gustan de los recuerdos: «Antes éramos...», «cuando este barrio estaba lleno de obradores...», «salíamos a vender hasta...», frases siempre en pasado. El presente es sólo impotencia, un compás de espera.

Los talleres aún documentables¹ aparecen dispersos por toda España, con particular densidad en las zonas más deprimidas económicamente. En la zona cantábrica la cerámica tiene escasa

¹Vossen, R., Seseña, N. y Köpke, W., *Guía de los alfares de España*, Madrid 1981, recogen un total de 261 centros alfareros, con unos 750 talleres y más de 3.000 artesanos; incluyen también un útil mapa de su distribución geográfica.

importancia tradicional, y los alfares son poco numerosos. Inexistentes en las provincias orientales, se reducen a dos en Asturias, Lugo y La Coruña. Pero en el resto del país sólo excepcionalmente Palencia y Guadalajara carecen de centros alfareros, y tanto en este caso como en los de las regiones con un número limitado de talleres, la situación se debe a un abandono reciente del oficio. Por el contrario, zonas como Valencia, Toledo o Córdoba mantienen aún diez o más centros productivos y varios cientos de artesanos.

Y aunque puede hablarse de pequeños alfares polivalentes, la realidad es que observando cualquier zona en la que todavía sea reconocible la estructura tradicional, los talleres muestran formas particulares de especialización y una relativa diversidad de sistemas de organización del trabajo.

Frente a los poco numerosos alfares en que se trabajan todo tipo de piezas, lo habitual es que cada taller o centro alfarero realice una producción definida, estableciendo distinciones entre *cantareros*, que trabajan exclusivamente piezas para agua (cántaros, jarras, bebederos, macetas...), *olleros*, que utilizan arcillas refractarias, suelen vidriar las piezas con sulfuro de plomo, y realizan todo tipo de piezas para fuego (pucheros, cazuelas...), etc.

Así, en Salamanca por ejemplo, sólo en Alba de Tormes, Tamames y Vitigudino se vidria y se producen cacharros de cocina, mientras Cantalapiedra, Cespadosa de Tormes, Peralejos de Abajo y Villar de Peralonso surten del grueso de cántaros, tinajas, etc.; en Sevilla capital, y otros lugares, se distinguía a los olleros del resto de los alfareros; e incluso en el gran centro cordobés de La Rambla, donde la falta de arcillas refractarias no permite esta especialización, se distingue entre *cantareros*, que realizan casi en exclusiva la pieza que les da nombre, alfareros *de blanco*, que fabrican básicamente botijos blanqueados con sal y jarras, y «los que vidrian» que hacen todo tipo de formas con cubiertas eminentemente decorativas.

Una tercera gran especialización que se intercala geográficamente con las anteriores, y que en cierto modo sale ya del campo de lo popular, es el empleo de vidriados de estaño-plomo con decoraciones policromas diversas, que aparece en centros y talleres muy particulares: Sevilla, Málaga, Lucena (Córdoba), Lorca (Murcia), Valencia, Talavera de la Reina (Toledo), etc., cubriendo habitualmente amplias zonas de venta. Y en fin, dos modalidades más, sobre las que la información es limitada dada la falta de un carácter estético en su producción, son las de los tejeros, dedicados sobre todo a la elaboración de ladrillos macizos y tejas, y los tinajeros, especializados en piezas de gran volumen.

De los quince centros alfareros de Córdoba², ocho se han limitado tradicionalmente al abastecimiento local o comercial de piezas para agua, mientras Puente Genil e Hinojosa del Duque proporciona además piezas para fuego, Lucena trabajaba con estaño-plomo, La Rambla producía también diversos elementos decorativos, Palma del Río, Posadas, Córdoba y otros surtían de teja y ladrillo, y Lucena contaba con varios talleres de tinajería, cada especialidad con sus propias áreas de venta, que se superponen en la mayor parte de la

² Carretero, A. y Ortiz, C., «Alfarería popular en la provincia de Córdoba», *Etnografía Española*, 3, Madrid, 1983, págs. 7-144.

provincia. En cualquier región que se analice aparecen especialidades y redes de comercio local muy similares, a las que se ha prestado escasa atención, a pesar de su evidente interés para comprender la estructura y funcionamiento del oficio.

Igual diversidad aparece en la organización de los talleres. La gran mayoría son pequeños alfares familiares en los que trabaja el padre acompañado de sus hijos, que desde niños realizan un lento e informal, pero sistemático, aprendizaje del oficio; llegados éstos a la mayoría de edad podrían continuar el trabajo en común, aunque la fórmula usual ha sido la instalación de nuevos obradores heredando uno solo de los hijos el alfar paterno. El empleo de aprendices u otro personal auxiliar en estos pequeños alfares parece haberse limitado siempre a aquellos casos en que la fuerza familiar era insuficiente o a situaciones de urgencia contratando oficiales a destajo, a *tarea* o *labor*. Hoy más que nunca, cuando los propios hijos no continúan el oficio ante su escasa rentabilidad, los ajenos a la familia son excepcionales, y los alfares quedan limitados muy a menudo a un solo trabajador.

Una variante de taller familiar es la de la alfarería femenina³, de escasa presencia en nuestro país, y que puede considerarse en cierto modo como actividad subsidiaria. El marido posee un trabajo independiente, capaz de mantener a la familia, y la mujer, con un equipamiento muy reducido, limita su trabajo alfarero a los momentos en que sus labores domésticas se lo permiten y a los períodos anuales en que el clima y las actividades agrícolas, etc., familiares no precisan su cooperación directa. Igualmente expresivo de su carácter «marginal», secundario, es el hecho de que la alfarería femenina se ha mantenido dentro de estructuras endógamas. Si el marido no era hijo de alfarera y estaba dispuesto a ayudar en ciertas tareas (acarreo de tierra, cocción, venta), con mucha frecuencia la mujer abandonaba el oficio al casarse.

Más compleja es la organización fabril, con grandes instalaciones y un alto grado de división interna del trabajo: Oficiales de torno, transportistas y preparadores del barro, cocedores, pintores decoradores, aprendices, etc. Como norma, tal división sólo aparece en los tejares y en las grandes «fábricas de cerámica» que trabajan sobre bizcochos con vidriado en estaño-plomo. Cuando aparece en otro tipo de alfares suele mostrar formas de transición desde el taller familiar: El dueño y sus hijos son los oficiales de torno, «los de dentro»⁴.

Una variante de esta forma de organización fabril, digna de mención, ya que aparece, aunque de forma discontinua, desde Asturias a Cádiz, es el alfar-tejar en el que los *barreros* y *cocedores* sirven tanto a los empleados que moldean los ladrillos y tejas como a un pequeño núcleo de oficiales *de rueda* que realizaban piezas diversas, si bien en principio su función básica era el modelado de materiales complementarios de construcción: Gárgolas, tuberías, desagües, tubos de drenaje, etc. Hoy no conocemos ninguno en funcionamiento con este sistema mixto; la mayoría evolucionaron hacia el tejar mecanizado, pero no han faltado los que se redujeron a la categoría de alfar convencional manteniendo inactivos sus grandes hornos continuos.

³Köpke, Wulf, «Frauentöpferei in Spanien», *Baessler-Archiv*, Beiträge zur Völkerkunde, Neve Folge, XII Hamburgo, 1974.

⁴Expresión que tiene un doble sentido: Son los que trabajan dentro del obrador, inmóviles en sus tornos, mientras el resto del personal trabaja fuera o se mueve por las diversas dependencias, y son los de dentro de la casa.

Las técnicas de trabajo, en cuyo detalle no podemos entrar en tan breve espacio, son relativamente uniformes, ya que si bien aún coexisten hoy niveles tecnológicos tan dispares como pueden ser el modelado manual y los tornos eléctricos y moldes automáticos, o la cocción en un hoyo recubierto de ramaje y las muflas de gas y hornos eléctricos de vagoneta, ambas situaciones pueden considerarse en cierto modo casos extremos.



Torno, con mesa de mampostería.
Hinojosa del Duque (Córdoba).



Torno hundido. Triana (Sevilla).

Dejando a un lado las técnicas de obtención, combinación y preparación de las tierras, que suelen emplearse mezclando diversas proporciones de arcillas plásticas y/o refractarias con otras de mayor granulometría que actúan como degreasantes, con pilas para su purificación que pueden ir de un simple pozo a sistemas con tres y cuatro pilones escalonados para sucesivas decantaciones, el elemento más característico de la alfarería tradicional es el torno de modelado, la *rueda*. El usado genéricamente es el llamado torno de pie, compuesto por dos ruedas, *cabeza* y *volandera*, unidas por un eje vertical y fijado el conjunto en una mesa exenta de madera o adosado con mampostería al muro. Una variante de notable interés es el torno hundido, de similar estructura, pero colocado no a ras del suelo, sino en un hoyo de tal modo que la *cabeza* queda aproximadamente al nivel del terreno. Este tipo, que parece de clara raigambre árabe, presenta una dispersión, cada vez más difuminada a medida que se abandonan talleres o se sustituyen los antiguos tornos por modelos industriales, que engloba toda Andalucía.

Las formas más elementales de torneado se limitan casi exclusivamente a los dispersos núcleos de actividad femenina: En Pereruela y Moveros (Zamora)⁵, Carbellino (Zamora) y Mota del Cuervo (Cuenca)⁶ se emplean pequeños tornos de mano, de apenas medio metro de altura, en que se combinan el empleo del urdido y el giro de la

⁵ Cortés Vázquez, L.: «La alfarería en Pereruela (Zamora)», *Zephyrus*, V, 1954, págs. 141-163; *idem*: «Alfarería femenina en Moveros (Zamora)», *Zephyrus*, IX, 1958, págs. 95-103.

⁶ Albertos, D., Carretero, A., Fernández, M. *Estudio etnográfico de la alfarería conquesa*, Cuenca 1978.

rueda⁷. No obstante, en tiempos pasados no faltaron los tornos de giro lento en alfares masculinos (Faro, Asturias, Zarzuela de Jadraque, Guadalajara, por ejemplo).

Pero la técnica de trabajo más sencilla es el modelado manual que encontramos en todos los talleres de tinajería, donde el gran volumen de las piezas no permite el empleo de tornos. Las tinajas se urden, sobre un macetón troncocónico o una simple loseta, aplicando manualmente largos rollos de arcilla que se fijan y alisan con ayuda de un paleta. En los alfares que producen pequeñas piezas domésticas es infrecuente el empleo de este sistema, que sólo encontramos con un carácter sistemático en dos zonas: Aragón⁸, donde muchos pequeños alfares desconocían el torno, y Canarias, cuya actividad femenina⁹ es realmente manual, prescindiendo a menudo de todo tipo de apoyo para el modelado.



*Torno lento, para trabajo por urdido.
Mota del Cuervo (Cuenca).*



*Urdiendo una tinaja.
Lucena (Córdoba).*

Las decoraciones muestran una amplia gradación de complejidad y efectismo. De las sencillas líneas, rectas u onduladas, realizadas con una caña afilada o punzón aprovechando el giro del torno al acabar el modelado, y que pueden complicarse con digitaciones, impresiones de motivos diversos, etc., siempre sobre la arcilla fresca, pasamos al vidriado de tono melado, a base de sulfuro de plomo, que si en principio tiene un carácter funcional, se presta con facilidad a la aplicación de engobes, puntos o motivos aislados en arcillas cuyos tonos contrastan con el general de la pieza, como los conocidos y ampliamente extendidos motivos florales o geométricos en arcilla blanca; y el uso de diversos productos químicos con los que se obtienen vistosas policromías, también bajo la cubierta de plomo, o mezclados con el propio plomo para obtener superficies uniformes de un mismo color, con gran frecuencia verde de óxido de cobre.

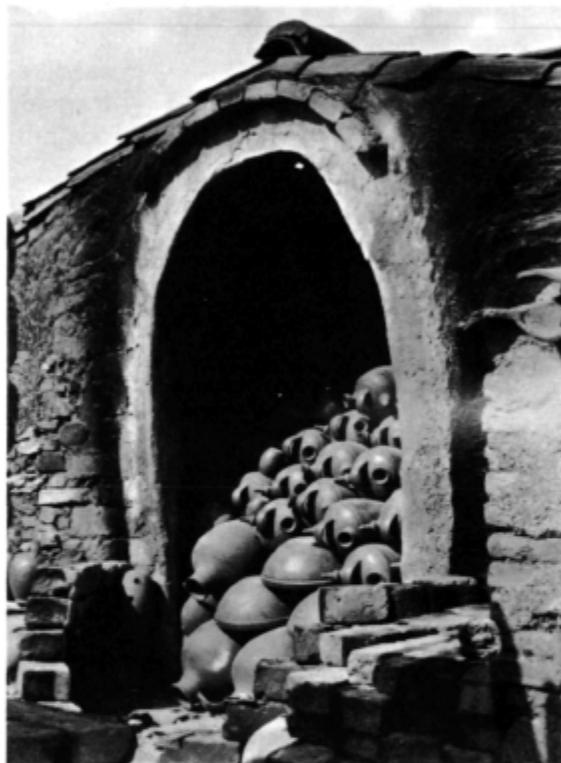
El tercer gran nivel decorativo es el que emplea vidriado con óxido

⁷ El torno de Mota del Cuervo y Carbellino parece una forma de transición que puede accionarse con el pie, a diferencia de Moveros y Pereruela, donde las mujeres trabajan arrodilladas en el suelo e impulsan a mano la rueda.

⁸ Alvaro Zamora, M.^a I., *Alfarería popular aragonesa*. Zaragoza, 1980.

⁹ González Antón, R., *La alfarería popular en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1977.

de estaño y sulfuro de plomo, que proporciona una cubierta blanca uniforme sobre la que se aplican las más diversas policromías, técnica compleja que como ya hemos señalado tiene un empleo limitado y se sale en buena medida del campo de «lo popular». Del mismo modo, técnicas decorativas como la cuerda seca, el reflejo metálico o la estampación de lozas, aunque se practiquen o se hayan practicado en algunos grandes talleres y, sobre todo en el último caso hayan tenido amplia difusión, no pueden considerarse en modo alguno populares.

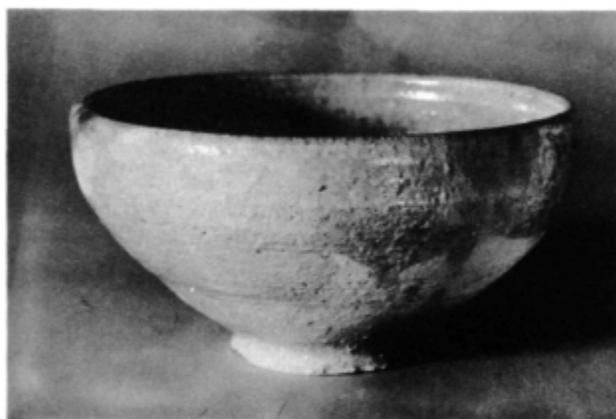


Horno. Fuente de Cantos (Badajoz).

Y por último, para la cocción, momento decisivo y delicado, que exige tanta o más práctica y experiencia que el propio modelado del barro, se usan diversos modelos de horno que al decir de los alfareros son siempre el «horno árabe» u «horno moruno», a pesar de que sus formas varían desde los cilíndricos abiertos (que se tapan con cascote una vez cargados), muy frecuentes en ambas Castillas, a los cubiertos con cúpulas, a veces con interesantes soluciones técnicas, los más extendidos sin duda, o los grandes hornos rectangulares con bóveda de cañón que abundan en Andalucía Oriental, pero aparecen en todos los grandes centros alfareros dada su gran capacidad de carga y la precisión que puede lograrse en su control de funcionamiento, gracias a su enorme caldera y su elevado número de respiraderos. Nuevamente es Canarias la región que muestra una técnica más arcaica, colocando las piezas en simples hoyos excavados en el suelo y quemando sobre ellas grandes cantidades de leña al aire libre.

Intentar generalizar sobre las formas o motivos y decoraciones de nuestra alfarería popular es tarea ardua y se convierte fácilmente en un largo listado de «piezas típicas», por lo que nos parece preferible esbozar en las páginas que siguen un comentario general sobre la actual geografía del oficio que ilustre, aunque de modo esquemático, las reflexiones que hacíamos al comienzo sobre el proceso de desinstitución de la actividad alfarera.

La región cantábrica es, como hemos indicado, relativamente pobre en la artesanía que nos ocupa. Entre las causas se señalan como más importantes la escasa necesidad de vasijas de acarreo y almacén dado su clima húmedo, y la abundancia de recipientes de madera y metálicos que los bosques y numerosas industrias de transformación del metal han proporcionado desde antiguo¹⁰. No obstante, aún pueden mencionarse algunos centros en funcionamiento.



Tazón. Orense (Museo Pueblo Español, Madrid).

En Galicia¹¹ la situación es dual, ya que si en La Coruña la actividad se reduce a Buño, con una producción bastante comercial y cada vez más alejada de las formas tradicionales, y en Lugo, en Bonxe y Gundivós, en las dos provincias sureñas son numerosos los centros alfareros, muy volcados hacia Portugal en Pontevedra, y más personales en Orense, donde destacan las piezas de Niñodaguía con su característico vidriado amarillento.

En Asturias, antes rica en pequeños alfares con técnicas arcaicas¹², sólo quedan hoy en activo Llamas de Mouro, centro famoso por el estilo peculiar de sus *barrile*, *xarros*, *barreños* u *otxas* de tono gris brillante obtenido mediante cocción reductora (cerrando todos los respiraderos del horno durante la cocción para limitar la cantidad de oxígeno), la llamada «cerámica negra» que con similar técnica veremos en otras zonas españolas; y un segundo núcleo, Faro, cuya producción tradicional no difería en mucho de la de Llamas, que experimenta hoy con técnicas y diseños modernos.

Poco puede decirse de la alfarería santanderina (Cos, Potes, Cabuérniga,...) hace tiempo desaparecida, al igual que sucedió en las provincias marítimas vascas: Cegama (Guipuzcoa) y Orduña

¹⁰ Pérez Vidal, J., «La cerámica popular española. Zona norte», *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Sanz*, VI, 1974, p. 9-88.

¹¹ García Alen, L., *La alfarería de Galicia*, 2 vols. La Coruña, 1983.

¹² Pérez Vidal, J., «Dos ruedas asturianas de alfarero», *Revista de Etnografía*, 22, Porto 1968, p. 263-284.



Pedarra. Navarra (M.P.E., Madrid).



Jarra. Llamas de Mouro, Asturias. (M.P.E., Madrid).

(Vizcaya) hace tiempo que abandonaron el trabajo. Sólo hacia el interior, ya en Alava, funcionó hasta no hace mucho un centro, Narvaja, que hoy se limita a vender como «jarras vascas» piezas encargadas en alfares cercanos como el de Navarrete, último centro riojano. En el sur de Navarra¹³, en La Ribera, abundaron los talleres: Estella, Tafalla, Lumbier..., pero desde hace al menos diez años no se trabaja en ninguno de ellos.

Introduciéndonos en Castilla-León¹⁴, entramos ya en el mundo de los alfares vivos, aunque en la mayor parte de los casos es difícil decir por cuánto tiempo. Salvo excepciones, los talleres se mantienen atendidos por artesanos de edad avanzada, y los centros productores desaparecen cada vez con mayor rapidez. Así, casi todas las provincias de la región ven hoy limitada su actividad a una o dos localidades, al menos en lo que se refiere al mantenimiento de las formas tradicionales. Entre ellos podemos destacar Jiménez de Jamuz, en León, conocido por sus barriles y jarros de trampa; Aranda de Duero, en Burgos; Tajueco¹⁵, en Soria, provincia que contó, en Quintana Redonda, con el único centro alfarero meseteño que cocía cerámica negra; Coca y Fresno de Cantespino, en Segovia; Tiñosillos y Casavieja (de trabajo esporádico, en claro trance de extinción), en Avila; Arrabal de Portillo, cuna de formas clásicas y de alfareros repartidos hoy por diversas localidades, y Alaejos, en Valladolid.

Mención especial merecen las tres provincias restantes: Palencia, que ha perdido ya su último alfar, en Astudillo, cuyos «botijos de Pasión», decorados bajo el vidriado con apliques de arcilla hechos a molde que representaban la Cruz, el Corazón de Jesús, la Virgen con el Niño, etc., eran conocidos en todo el país; Salamanca, quizás la primera zona que contó con un estudio detallado del oficio¹⁶, y que mantiene aún siete centros en activo, siendo el más conocido Alba de

¹³Silván, Leandro, *Cerámica navarra*, San Sebastian 1973.

¹⁴*Itinerarios de la cerámica popular en Castilla y León*, S. Sebastián 1982.

¹⁵Fernández, M., Carretero, A., Albertos, D., *Alfarería popular de Tajueco*, Madrid 1981.

¹⁶Cortés Vázquez, L., *La alfarería popular salmantina*, Salamanca 1953.

Tormes por el barroquismo de sus *filigranas* en botijos y piezas diversas, siempre adornadas con arcilla blanca y vidriadas; y sobre todo Zamora¹⁷, que en Carbellino, Moveros y Pereruela conserva uno de los más amplios e interesantes núcleos de alfarería femenina del país, que hasta hace poco incluía también la pequeña localidad de Muelas del Pan. La estética de sus formas, y el brillo de la mica que contienen sus arcillas, hubieran sido suficientes para hacer famosa su producción, pero indefectiblemente estos nombres se asocian a la imagen de las mujeres de Moveros arrodilladas ante su pequeño torno de mano, que las más diversas publicaciones han difundido desde hace décadas.

Hacia el sur, Extremadura se muestra rica y variada con cuatro nombres básicos: Arroyo de la Luz, el «clásico» de Cáceres, Ceclavín con sus piezas *enchinadas* (decoradas con incrustaciones de pequeñas piedras de río) muy similares a las que realizan los alfares portugueses cercanos, Arroyomolinos de Montánchez, también en Cáceres, dedicado en exclusiva a los *conos* (tinajas), que pueden llegar a las doscientas arrobas de capacidad, y en fin Salvatierra de los Barros¹⁸, en el sur de Badajoz, centro destacable en muchos sentidos, ya que además de mantener todavía hoy más de treinta talleres y combinar la producción de piezas para agua, conserva (vidriadas), fuego y decoración (bruñido, arcilla blanca, etc.), presenta una perfecta organización que hace que como transportistas de leña, preparadores de barro, decoradores, vendedores (que ya a comienzos de siglo llegaban con sus cacharros a lugares tan sorprendentes como París o Amsterdam) y otros oficios complementarios buena parte de los vecinos vivan del oficio, y que además ha proporcionado alfareros a numerosas localidades, tanto de su provincia como de las limítrofes.



Cántaro. Moveros, Zamora.
(M.P.E., Madrid).



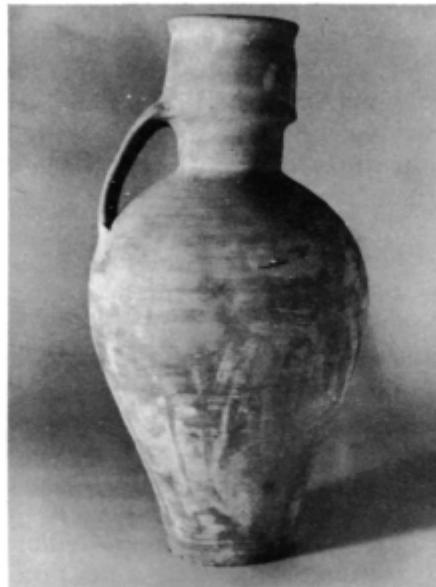
Jarrón. Ceclavín, Cáceres.
(M.P.E., Madrid).

¹⁷Ramos, H., *La cerámica popular de Zamora: Cerámicas vivas*, Zamora 1976.

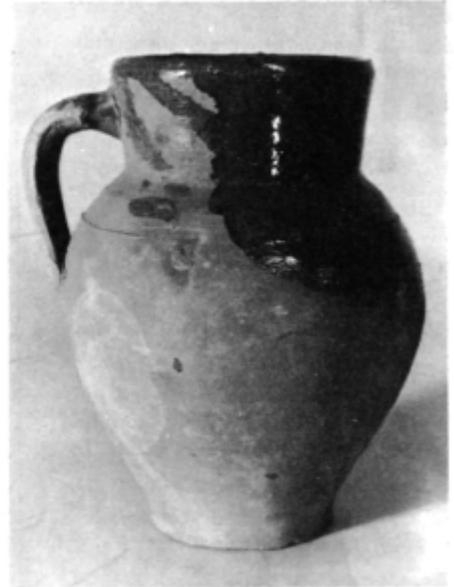
¹⁸Carretero, A., Fernández, M., y Ortiz, C., «Alfarería popular en Andalucía Occidental: Sur de Badajoz y Huelva», *Etnografía Española*, I, 1980, p. 99-266.

En Castilla-La Mancha¹⁹, Talavera de la Reina²⁰ y su inseparable Puente del Arzobispo, ambas en Toledo, han acaparado siempre la atención de los especialistas por la riqueza y calidad de su producción desde hace cinco siglos, y de hecho nuestros museos guardan un gran número de sus obras. Junto a Manises, el núcleo Talavera-Puente es quizás el mejor representante de lo que podríamos llamar cerámica «popularizada». Aunque algunas de sus series antiguas, en especial las policromas, son netamente cultas, la mayor parte de su producción, vidriada con estaño-plomo y decorada con los más diversos tonos y motivos, tenía un destino popular; en los pueblos de media España pueden verse aún platos o jarras de Talavera expuestos en los aparadores. Lástima que la producción actual, no menos abundante, no mantenga siquiera la gracia de las piezas más pobres del siglo pasado, y se limite a copiar y deformar las series clásicas.

Pero no son éstos los únicos centros manchegos. En el propio Toledo encontramos, entre otros, Ocaña, antes famoso por sus botijos en blanco de sal, Consuegra y Cuerva, cuya pieza característica es la *olla maja*, muy decorada con arcilla blanca, que las novias incluían en su ajuar, y cuya decoración floral invade hoy prácticamente toda la producción. Ciudad Real puede decirse que ha perdido su tradición alfarera, ya que el alfar de Castellar de Santiago, único que produce formas tradicionales evoluciona hacia modelos decorativos como ya lo han hecho otros de la provincia; y en Albacete, además de Tobarra y Chinchilla, conocida en los últimos tiempos por sus *cuerveras* (recipiente para sangrías y bebidas similares), se encuentra Villarrobledo, antiguo pueblo tinajero en el que, aunque sin carácter tradicional, hay un alfar femenino que emplea las técnicas de urdido de los tinajeros en la realización de cántaros y otras piezas menores²¹.



Cántaro. Mota del Cuervo, Cuenca.
(M.P.E., Madrid).



Puchero. Alcorcón, Madrid.
(M.P.E., Madrid).

¹⁹ Seseña, N., *La cerámica popular en Castilla la Nueva*; Madrid 1975.

²⁰ Martínez Cavirio, B., *Cerámica de Talavera*. Madrid, 1969.

²¹ Lizarazu, M.^a A., «Alfarería popular de la provincia de Albacete», *Etnografía Española*, 3. 1983, págs. 263-382.

No lejos de Villarrobledo aparece Mota del Cuervo, ya en la provincia de Cuenca, que es seguramente el centro de actividad femenina más importante del país, con su gran horno comunal, y un cántaro que a nuestro juicio es una de las formas mejor conseguidas de nuestra alfarería popular. El otro gran centro conquense es Priego, que surtió de alfares a Cuenca capital hace poco más de una generación; es característica su decoración de las piezas para agua con *almagre* o *almazarrón*, particularmente potenciada por los artesanos desde que N. Seseña les señaló la raigambre de su técnica y motivos, que aparecen ya en cerámicas ibéricas. Guadalajara²² es la única provincia sin alfares en activo tras el abandono del oficio en Zarzuela de Jadraque.

Madrid²³ puede en gran medida incluirse en esta región castellanomanchega por la similitud de sus tipologías tradicionales, que hoy, desaparecidos los pucheros de Alarcón²⁴, sólo se mantienen en Camporreal²⁵. Tampoco Colmenar de Oreja²⁶, el centro tinajero más conocido y mejor documentado de España, produce ya sus gigantes cas piezas de hasta 500 arrobas de capacidad.

La alfarería aragonesa es de una riqueza incomparable, aunque en claro proceso de abandono. En Huesca sólo trabajan ya las cantarerías de Tamarite de Litera y Fraga, y los ollereros de Naval, cuyas piezas se reconocen fácilmente por sus esquemáticas decoraciones de flores punteadas en arcilla blanca. En Teruel persisten alfares, mitad tinajeros, mitad alfareros; en Calanda, que modelan por urdido sobre un *mozo*; el trabajo a torno pervive en Rubielos de Mora y Huesa del Común, centro éste último que ha vuelto a la actividad recientemente ante la demanda y los altos precios que alcanzaba su tradicional cántaro entre los coleccionistas. Zaragoza mantiene una mayor actividad con centros conocidos desde antiguo como Alhama de Aragón, Villafeliche, María de Huevra o Muel donde hoy se reproducen, al igual que en Teruel, los estilos clásicos de los siglos XVI a XVIII.

La costa mediterránea presenta una continua alternancia de pequeños alfares y grandes fábricas que desarrollan una gran actividad, aunque, situadas en regiones altamente industrializadas o zonas turísticas, no puede decirse que realicen una producción de carácter tradicional.

Comenzando por Cataluña²⁷, el centro gerundense de La Bisbal es hoy uno de los mayores productores de cerámica industrial, con diseños en que se han sabido actualizar con éxito muchas piezas tradicionales. En cuanto a la producción tradicional lo más destacable es la realización de la cerámica negra de fuego reductor en un núcleo que engloba La Bisbal, Quart (Gerona) y Verdú (Lérida).

En la Comunidad Valenciana²⁸ encontramos un gran número de lugares famosos: Los alfares de Traiguera (Castellón), los de Agost (Alicante) especializados en botijos de mil formas, las ollerías de Vall d'Uxó (Castellón), etc., pero ante todo hay tres nombres que ya forman parte de la historia de nuestras artes industriales: Paterna, centro hoy extinguido, pero que desde la E. Media fabricó la cerámica

²² Castellote, E., *La alfarería popular en la provincia de Guadalajara*, Guadalajara 1979.

²³ Caurel, J. y Segura, C., *La alfarería en la provincia de Madrid*, Madrid 1977.

²⁴ Seseña, N., «Pucheros de Alarcón», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXII, 1966, págs. 125-134.

²⁵ Castellote, E., *Cerámica popular: Camporreal*, Madrid 1978.

²⁶ García Fdez., J., «Colmenar de Oreja. La industria de las tinajas», *Estudios Geográficos*, 33, 1948, p. 649-664, entre otros.

²⁷ Corredor-Matheos, J., *Cerámica popular catalana*, Barcelona 1978.

²⁸ Seijó, F., *Cerámica popular en la región valenciana*, Alicante 1977.



Cántara. Calanda, Teruel. (M.P.E., Madrid).



Brescadora. Quart, Gerona. (M.P.E., Madrid).

decorada en «verde y manganeso» que, aunque extendida también por Aragón y Cataluña, alcanzó aquí su mejor factura. Alcora (Castellón), localidad donde el conde de Aranda creó en 1727 una fábrica de loza fina que tuvo una vida azarosa como tantas otras en España, pero que dejó tras de sí una estela de talleres (*fabriquetes*) en Alcora, Onda, Ribesalbes... que imitaron y popularizaron sus producciones. Y en fin, Manises (Valencia), centro también clásico, conocido desde tiempos medievales por sus piezas de reflejo metálico, que en la segunda mitad del s. XVIII recibe alfareros de Alcora e inicia una masiva producción policroma sobre estaño-plomo que a lo largo del s. XIX inundó literalmente todo el país de platos, jarras, azulejos y muchas otras piezas. En la actualidad, totalmente industrializadas, sus más de doscientas fábricas con miles de empleados, la ubicación en la localidad de una Escuela Oficial de Cerámica, y la instalación de industrias complementarias que sirven utillaje, pasta y esmaltes cerámicos a los alfares de todo el país, siguen manteniendo a Manises en el primer puesto de la actividad ceramista.

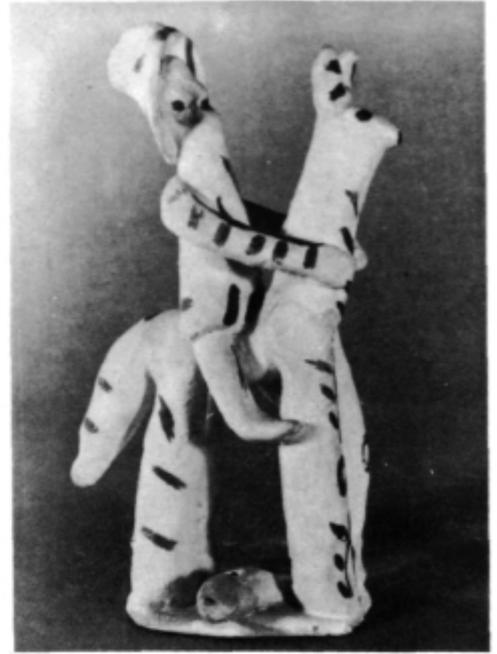
Las Islas Baleares²⁹, estrechamente emparentadas por muchos conceptos con Cataluña y Valencia, lo están también en su alfarería, si bien pueden destacarse elementos característicos como las piezas *bordadas* de Felanitx, con múltiples apliques y cuidadosos recortes del barro, hoy ya un recuerdo, y los *siurells*, pequeñas figuras con silbato incorporado (de donde su nombre), que se modelan a mano, se bañan con cal y se adornan con pequeñas líneas en verde, rojo, amarillo, etc., realizadas hoy en casi todos los alfares mallorquines (Consell, Inca, Portol...) añadiendo a las clásicas figuras de animales o jinetes los más diversos motivos actuales.

Murcia se encuentra a medio camino entre la zona levantina antes mencionada y Andalucía, y muestra claramente el influjo valenciano: Los cántaros de Totana o Lorca no se diferencian demasiado de los alicantinos, y las policromías maniseras se imitaron con éxito en Lorca y Mula, hasta el punto de que, a falta de un buen estudio, no siempre es fácil distinguir unas de otras. Otra industria

²⁹ Liabrés, J., *La cerámica popular en Mallorca*, Mallorca 1977.



Plato. Manises, Valencia. (M.P.E., Madrid).



Siurell. Mallorca. (M.P.E., Madrid).

RESUME

Les poteries traditionnelles de l'Espagne constituent une des activités artisanales de plus grand éessor et diffusion pendant les dernières années. Le sujet a été l'objet de plusieurs études. Bien que l'intérêt tourne autour des petites poteries rurales travaillant au tour et des techniques «archaïques» de, par exemple, les poteries féminines, les productions, techniques et système d'organisation du travail sont très variées tout au long du pays. Cependant, le métier se trouve à présent en pleine évolution, quoique ce soit vers le travail décoratif et plus ou moins artistique, ou vers la disparition des poteries qui ont conservé sa production d'autrefois sans innovations. Par conséquence, chaque jour est plus petit le nombre d'ateliers qui fonctionnent et c'est sûr que d'ici peu disparaîtra ce que l'on a d'habitude considéré «poterie populaire».

³⁰ Carretero, A. y otros, *Cerámica popular de Andalucía*, Madrid 1981.

tradicional murciana, hoy en declive, es la fabricación de pequeñas figuras de belén muy realistas, realizadas generalmente a molde.

Andalucía³⁰ es la última gran zona alfarera de la península y, aún que inserta en el proceso general de abandono del oficio, la que más talleres activos mantiene, sin duda en correlación con la debilidad de la estructura económica de la región. De modo general podríamos distinguir una línea de alfares que sigue el curso del Guadalquivir y sus abundantes yacimientos de arcilla, donde se trabajan piezas para agua, casi invariablemente blancas o de tonos muy claros, flanqueada por otras dos, aproximadamente paralelas, a lo largo de las estribaciones de Sierra Morena y Sierra Nevada, con talleres de variada producción, pero que destacan por el uso del vidriado y la elaboración de arcillas refractarias para fuego.

Así, en Huelva, todos los alfares sureños trabajan piezas para agua (excepción hecha de las orzas y lebrillos «de Bailén» que se producen en Trigueros), mientras en la sierra se hacen cántaros con engobe vinoso, y Aracena y Cortegana confeccionaban básicamente pucheros, cazuelas y platos profusamente decorados con *chorreras* de arcillas y óxidos metálicos de variados tonos. En Sevilla todos los alfares rurales producían piezas *de blanco*, salvo los alfareros de Lora del Río y Osuna, especializados en los grandes lebrillos y orzas que hoy nadie se siente capaz de hacer; sin embargo, el gran centro sevillano está en la propia capital: Triana es el tercer gran núcleo ceramista español junto con Talavera y Manises, y el pionero históricamente en la policromía sobre cubierta de estaño-plomo, técnica que según los estudiosos comenzó a desarrollar en Sevilla, a comienzos del s. XVI, el italiano Francisco Niculoso Pisano, y que no llegó a otros centros españoles hasta la segunda mitad del siglo. Al margen de las

abundantes producciones cultas, los azulejos y lebrillos trianeros compiten en dispersión geográfica con los platos de Manises.

Parecida diversidad se observa en Córdoba, cuya franja central (Palma del Río, Posadas, Bujalance y los centros de allí surgidos) se limitan al trabajo blanco, mientras al norte Hinojosa del Duque vidria y produce piezas de fuego, más vinculadas a las extremeñas que el resto de las andaluzas, y al sur aparecen tres núcleos de importancia: Puente Genil, conocido por sus pucheros y cazuelas, ya perdidos; Lucena, productor de grandes tinajas y piezas vidriadas con estaño, siempre reconocibles por sus esquemáticas decoraciones en verde, marrón y azulado sobre fondo crema; y La Rambla, centro de variada producción que comienza a industrializarse y modernizar las formas adaptándose a las nuevas exigencias del mercado; situación ésta que puede hacerse extensible a los tres centros básicos de Jaén: Andújar, Bailén y Ubeda.



Lebrillo. Triana, Sevilla. (M.P.E., Madrid).

SUMMARY

The Spanish traditional pottery is one of the artisan activities which has got a higher spreading and progress during these last years, and a lot of studies on this theme were made.

Although the highest interest has based in rural small potters who are working by wheel and in the «archaic» techniques such the female pottery shows, for example; productions techniques and manners to organize the task are very diverse all over the country.

Nowadays the trade is still in a full change step, going towards a decorative and artistic work more or less or to the wiping out of those potters who have held their old profession without any change.

Consequently the numbers of potteries on duty is more limited each day, and the «popular pottery», as usually is considered, is going to disappear soon.

Cádiz anda a caballo entre Sevilla —el cántaro de Lebrija se hace en Conil y se hizo en Chiclana— y otros antiguos centros. Málaga, provincia a la que están muy vinculados los alfares de La Línea de la Concepción (hoy inactivo como tal) y Jimena de la Frontera. De hecho, pueden analizarse mejor las técnicas y tipologías malageñas en la última localidad citada, o en Puente Genil donde trabaja un alfarero oriundo de Vélez-Málaga, que en la propia provincia, en la que puede considerarse que la alfarería tradicional se ha perdido, a pesar de algunos talleres en activo (Coín, Marbella, Fuengirola...).

Granada aparece dividida en dos grandes áreas, la primera

centrada alrededor de la propia capital, que extiende hacia los centros periféricos sus formas y decoraciones en verde y azul sobre cubierta blanca o cremosa de estaño-plomo, y la segunda englobando los alfares surgidos a partir de Guadix, y Cullar de Baza, sorprendentes por muchos motivos. Y en fin, en Almería no pueden dejar de citarse las cazuelas de Albox y los platos, tazones, etc., de Nijar, vidriados con plomo sobre un engobe de arcilla blanca, lo que les da un llamativo tono amarillo, y decorados con diversos colores de óxidos.

Por último tenemos las Islas Canarias, donde al margen de la actividad de alfareros procedentes de la península (Agost, Salvatierra de los Barros, etc.), se sitúa el tercer núcleo de alfarería femenina, sin duda el más arcaico en técnicas y formas, con piezas de sabor prehistórico desconocidas por completo en cualquier otro punto del país, y que ya sólo se mantiene vivo en Hoya Pineda y Muñique (Gran Canaria), La Victoria de Acentejo (Tenerife), y Chipude (Gomera).

ZUSAMMENFASSUNG

Die traditionelle spanische Töpferei ist eine der kunstgewerblichen Tätigkeiten, welche in den letzten Jahren den stärksten Aufschwung erreicht hat, und über dieses Thema sind zahlreiche Studien gemacht worden. Obwohl das stärkste Interesse sich auf die kleinen Dorf-Töpfereien zentrierte, die noch an der Drehscheibe arbeiten und auf die durch Frauen durchgeführte Töpferei, mit ihren alttümlichen Techniken, die Produktionen, Techniken und Organisationsformen sind sehr unterschiedlich in ganz Spanien. Dessen ungeachtet, das ganze Gewerbe befindet sich z.Zt. in einer totalen Transformation, d.h. ebenso in den dekorativen und kunstgewerblichen Arbeiten oder was das Aussterben der traditionellen Töpfer betrifft, die ihre alttümlichen Produktionsformen nicht aufgaben. Demzufolge reduziert sich täglich die Anzahl der aktiven Werkstätten, und was normalerweise als volkstümliche Töpferei zu bezeichnen ist, wird in kurzer Zeit völlig ausgestorben sein.



Brasero. La Victoria, Tenerife. (M.P.E., Madrid).